

¿Qué será lo que duele?

Itinerario de afinidades: perfiles

MARIO ESCOBAR VELÁSQUEZ

Sílaba Editores, Medellín, 2015, 300 pp.

EL LIBRO póstumo reúne 31 ensayos acerca de diversos poetas, cuentistas, novelistas, dos millonarios antioqueños y un “barón de la tagua”; sobre Fernando González, “El pensador de Envigado”; dos crónicas sobre el Urabá antioqueño; y “Una mirada amorosa sobre el suroeste antioqueño”, entre otros.

En el prólogo al libro, Jairo Morales Henao escribe que los textos reunidos son de madurez, que esta prosa de Mario Escobar es la misma de sus cuentos y novelas, y que su singularidad consiste en que

[...] de entrada parece empeñarse en reinventar el idioma párrafo a párrafo, línea a línea, rompiendo a cada paso las fórmulas de la ortodoxia adocenada en el molde yerto, arriesgándose así al rechazo del lector que sesteaba en lo convencional [...]. El riesgo que corre no evita el arcaísmo ni la expresión forzada e incluso enrevesada. Pero es curioso que de ese tratamiento el idioma salga ganando en poder expresivo. (p. 9)

Sin embargo, en “Epifanio Mejía, muy dolorosamente”, la primera de estas crónicas, encontramos todo lo contrario a lo que enuncia el prologo. El autor se refiere a este poeta de tal manera y con observaciones tan superfluas, que uno no cree que “el idioma salga ganando en poder expresivo”. Esta prosa revela en cambio un fuerte rasgo de narcisismo del autor, demasiado presente en algunas de sus crónicas; escribe “uno” en lugar de “yo” y usa a menudo la fórmula “quien esto escribe”. Leamos el comentario que hace al inicio de este ensayo y donde declara que ni Epifanio Mejía ni Porfirio Barba Jacob son grandes poetas:

Tal vez uno mismo, que no puede vivir sin el uso cotidiano de la poesía, leyéndola profusamente, uno que es presuntuoso diciendo

que cree saber de poesía, y que los libros que tiene de versos, adosados uno con otro en su biblioteca, son numerosísimos, uno mismo tal vez pueda estar de acuerdo en no llamar con ese título excelso a ninguno de los dos, pese a la probabilidad muy crecida de que le lluevan palos de todos los estamentos por hacerlas de cismático.

Cuánta hojarasca para afirmar algo que negará enseguida, pues hay algo que exalta sobremanera Escobar Velásquez y son las estrofas del himno antioqueño, ay, bonito anhelo romántico que el viento se llevó, paraíso perdido, que es el único paraíso verdadero, “¡Oh libertad que perfumas/ las montañas de mi tierra/ deja que aspiren mis hijos tus olorosas esencias!”. Estos versos los escribió el poeta Epifanio Mejía, nacido en 1838, en tiempos de guerras civiles entre liberales y conservadores, escenario frecuente de nuestras montañas a lo largo del siglo XIX. No es de libertad ni de sus olorosas esencias aquello de lo que se impregnan y respiran las montañas en Antioquia, ni antes ni después de la Independencia. ¿A qué huele la sangre vertida? A lo que saben las miserias de la guerra. Esas estrofas, dice Mario Escobar, “me duelen en hermosura, con un dolor físico, incluso” (p. 32). El poeta es entonces

[...] una de las llagas más crueles para quien esto escribe, llena de puses hermosísimas, que le duele y duele reiteradamente en cada vez que bajo la frente, que se le puebla de arrugas, él se le fije y empiece a revolverle la sesera hasta el dolor más hondo. Una llaga que no responde a curas de ninguna índole. (pp. 28-29)

El autor dice —y sin embargo hace— lo que no se debe hacer. En el ensayo acerca de Fernando González escribe “Ese modo suyo de decir las cosas es el correcto. Los circunloquios, los rodeos, los eufemismos, no son vigorosos, y disfrazan y diluyen a lo que se quiere expresar” (p. 211). Pareja idea expresa a propósito de *Los heraldos negros* de César Vallejo: “ese libro dividió a los intelectuales. Porque con él, con esa poesía de corazón

afuerado y doliendo, rompió con un alambicamiento del lenguaje, añejo” (pp. 217-218). Pero ya se sabe, en casa de herrero azadón de palo.

En la crónica sobre Porfirio Barba Jacob, “Porfirio Caballo”, el autor se refiere a su “vanidad enfermiza, que él supo cargar por espaldas” (p. 39), para decir “a montones” que es lo que quiere decir esta rarísima palabra malsonante. Que quería ser “único”, Barba Jacob, sin “dúpliques”, y agrega, “Tal vez aceptaba mal el mismearle [*sic*] que el agua vertical del espejo le tenía”. ¿Gana en poder expresivo la lengua? A propósito de la milicia forzada que prestó el joven Miguel Ángel Osorio,

[...] supo darse mañas muy pulidas para hallar en uno de los capítostes el que lo hiciera su ordenanza. Él, el Miguel Ángel de entonces, hizo del mandón un su paraguas, y bajo esa umbela escapó del aguacero de balazos dados y recibidos por las facciones, de las asambleas de filo de sable en los palenques del odio. (p. 40)

Ahí donde pululan las metáforas las cosas no se cogen con las manos desnudas, como ha de hacerse si se quiere de veras palparlas, sentirlas, sino con la punta de los dedos o con guantes o con las manos limpias pero sin manos... Sobre los distintos nombres que se dio el poeta de Santa Rosa de Osos:

Tal vez entonces su vanidad no sabía que lo que perdura en los siglos es la obra, y que el nombre importa poquísimo [...]. Quizá, después de tantas personalidades, le era difícil a su ser enteco saber quién era en realidad. Quizá se imaginaba uno y cuádruple. (p. 40)

Lo que parece al autor del ensayo signo de vanidad o desvarío de un “enteco” es quizá lo propio del poeta, de uno que como Fernando Pessoa no cabe en un solo “yo” y quizá porque es un Nadie, *I'm Nobody* (Emily Dickinson), que habita en lo posible, *Yo habito en la Posibilidad*, resulta entonces apto para ser muchas personas.

Presa frecuente de una propensión al elogio excesivo, al ditirambo, el autor dice por ejemplo de Pablo Neruda que es “el Amazonas de la poesía”,

RESEÑAS		ENSAYO
<p>nada menos: “Siempre excelsas y altas y suyas las metáforas, siempre transparentes las estrofas, llevando siempre consigo la Belleza, tanto como lo consiguen, en mayor levedad, las alas de las mariposas” (p. 207). ¡Las metáforas! No era para nada gratuito el resabio de Kafka contra ellas: más reales y vitales son las metamorfosis, como la del gusano que se convierte en mariposa.</p> <p>A la poeta quindiana Carmelina Soto, “la belleza le dolía con un dolor puro y atroz” (p. 193). Jairo Morales, en el prólogo, se refiere a esta idea de la belleza que duele refiriéndose al autor: “esa belleza del mundo que le duele por igual en una piel de mujer que en un poema perfecto, en un paisaje que en un recuerdo, en un cuento de [Adel] López Gómez que en un gato salvaje” (p. 26).</p> <p>Acaba por resultar enojosa y anacrónica la profusa invocación de <i>la belleza que duele</i> a lo largo de las crónicas; un rasgo romántico por parte del autor apegado a una noción que pierde sus contornos y su <i>reino</i> en el pasaje que va de la época clásica y romántica a la época moderna a finales del siglo XIX. Bien puede decirse que el alma cayó del cielo imperecedero platónico y cristiano de lo Bello, a la tierra corruptible y mortal de lo Humano, demasiado humano que incluye lo feo, lo bajo y la suciedad debajo de las uñas; así, lo “feo” <i>se milagrosea</i> en manos del pintor que ya no va detrás de lo bello al pintar, como hace Van Gogh con sus <i>Zapatos viejos</i>.</p> <p>¿Es que duele la belleza del mundo en sus manifestaciones? He aquí que, desposeído, despojado, desnudo, el hombre tiene la oportunidad de descubrir esta belleza del mundo, en una contemplación que es ya una participación con el mundo, al que no se siente ajeno entonces, aunque solo sea por unos instantes, experiencia en la que prevalece, no el dolor, sino el gozo.</p> <p>Los temas de estos ensayos han perdido actualidad y esto sumado al estilo del autor, una forma de expresión que <i>no evita el arcaísmo</i> sino que lo habita, nos parece que hace pesada la lectura, con poco o nulo beneficio para quien se sumerge en el libro. Un libro que a la postre evoca por contraste la prosa sucinta, clara y precisa de un escritor</p>	<p>como Isaak Bábel, “No hay acero que traspase de modo más certero el corazón humano que un punto en el momento indicado”.</p> <p style="text-align: center;">Rodrigo Pérez G.</p>	